



nacional no nos permiten en este momento nada.

—¿En qué medida esta falta de créditos afecta a la situación del sol, que a la hora del cambio posee un valor distinto dentro y fuera del país?

—Nosotros necesitamos una cierta proporción de inversiones, no muy altas. Está muy claro, según los últimos informes de las Naciones Unidas, que la mayoría de los países del Tercer Mundo que han hecho ciertos progresos en los últimos decenios, señalan un cuatro coma ocho por ciento de crecimiento proporcional bruto y atienden a su crecimiento interno con un ochenta y cinco por ciento de acumulación de ahorro interno. Esto significa que el famoso mito de la ayuda externa se desploma, tanto para la Unión Soviética como para los Estados Unidos. En otras palabras: que tenemos que hacer un esfuerzo más grande para producir un ahorro interno, una acumulación de nuestros recursos y una movilización total de nuestros recursos financieros. Es difícil que la Unión Soviética invierta de nuevo en un país de América Latina como invirtió para sostener el lujoso portaviones cubano. Pero Perú es mucho más ancho, más grande, y además, no tenemos, pues, la ventaja de estar tan cerca de los Estados Unidos, no podemos vender esta ventaja estratégica. Es difícil que Rusia vuelva a hacer una inversión semejante, y yo creo que incluso no sería deseable.

«De modo que nosotros tenemos que acumular capital, pero para eso son necesarias dos enormes revoluciones. Por un lado, es necesario un esfuerzo de ahorro, de control, de prudencia estatal y fiscal enorme. Eso requiere, evidentemente, cuadros profesionales y además gente devota, entregada completamente a un proceso de acumulación. En Perú hemos tenido una sociedad opulenta en pequeño grado, una pequeña sociedad de consumo y una pequeña clase media: el sector occidentalizado del país, acostumbrado a adquirir automóviles, medias de nylon y aparatos electrodomésticos que no fabricamos. Deprimir este sector, explicarles que el desarrollo es costoso, que hay un costo humano de sacrificio, de abnegación, y que no se trata del sacrificio de toda una generación, sino de procesos mucho más rápidos, es algo que molesta, y no solamente por los hábitos de consumo, sino porque parece necesario cambiar las pautas mentales mismas, el esquema mental del país, y aquí es donde necesitaríamos una suerte de revolución cultural, en la medida en que, de arriba abajo, el país se tenga que obligar a un cambio total de valores y sistemas de vida.

LOS PROPOSITOS DE LA JUNTA

—¿Qué se propone fundamentalmente la Junta Revolucionaria?

—El Gobierno se propone, por lo menos, hacer dos cosas simultáneamente: cambiar las estructuras y aumentar la participación popular. Históricamente sabemos que si sólo se hacen los cambios económicos y no se modifican las superestructuras político-sociales, entonces se produce un gobierno estatista que retrasa la verdadera revolución a nivel político.

«Por eso, cuando el Gobierno tomó la alternativa de los cambios de estructuras, comenzó por una nacionalización de La Brea y Pariñas, y, por lo tanto, por controlar la riqueza del petróleo; luego, la minería, la industria, la pesca, los Bancos... Entonces se crean instituciones de las que no existen precedentes, como las comunidades industriales o laborales, que son una forma de ir elevando la participación en el capital y en la gestión de los obreros dentro de las empresas sin ahuyentar a los industriales, en una relación que va siendo asimétrica; es decir, a medida que pase el tiempo, disminuirá la participación del capital privado y aumentará la del colectivo. Por lo tanto, no es co-gestión a la manera francesa, es decir, relación de igualdad: es una transición hacia el colectivismo obrero, que ni siquiera es socialismo en el sentido tradicional, sino un socialismo autogestionario.

—¿Funcionan grupos autogestores en la agricultura?

—Sí; funcionan en este momento trece complejos agroindustriales, que están entre los más grandes productores de azúcar del mundo. La hacienda «Casa Grande» tiene en plena producción veinte mil hectáreas de caña de azúcar, por ejemplo. Los complejos no son solamente lugares de producción cañera, sino lugares de elaboración, donde se elaboran el azúcar con todas sus derivaciones: industrias alcohólicas, etcétera.

«El dieciséis de abril de mil novecientos setenta y dos fueron las elecciones, y en cada complejo industrial votaron los trabajadores. Así, eligieron un Consejo de Administración y un Consejo de Vigilancia; para quien conozca un poco de estructura yugoslava, esto no le llamará la atención. A su vez, ese Consejo de Administración y Vigilancia eligió una presidencia responsable de la administración y la gestión.

«Cuando se produjo la reforma agraria, estas tierras que habían pertenecido a la familia Pardo o a la familia Piedra, habían dejado de ser de estas familias, pero si bien se habían transferido estas grandes propiedades agrícolas del campo privado al campo público, faltaba definir quién administraba lo público, quién gestionaba la autogestión. Entonces se hicieron varios ensayos, y al final se tomó en un Consejo de Ministros una decisión. Fijata: evidentemente, es más eficaz el sistema de control estatal, pero nosotros, en estos momentos, no sólo tenemos una experiencia